

ENGUERA: MEMORIA DE 20 AÑOS DE SU HISTORIA

JOSE ANTONIO SARRIÓN FERNANDEZ

... al principio José Sarrión vivió al margen de la política del Nuevo Estado; pero, transcurridos más de seis meses de acabada la guerra, un grupo de personas que desconozco por quienes estaba formado, fue a ver a don Adolfo Rincón de Arellano, que era el Jefe Provincial de Falange, para que nombrase Jefe Local de Enguera a José Sarrión. Repito que no sé quiénes fueron los componentes del grupo, pero he de agregar que siempre que he recordado este suceso ha aparecido, como un movimiento reflejo de mi memoria, el nombre de Rafael Pareja, que tenía una panadería en la calle de Santa Bárbara.

Rincón de Arellano citó a mi padre para que fuera a Valencia y le propuso que se hiciese cargo de la Jefatura Local de Enguera; y como éste le contestó que no servía para ello, aquel le insistió echando mano de los tópicos en uso: que si la guerra, que si el sacrificio de los muertos, que si su hermano Manuel, que si José Antonio Primo de Rivera. Total, que terminó convenciéndole de que debía aceptar y mi padre acabó aceptando.



Preciosa vista de Enguera desde el Mirador del Matadero
Gentileza de ACF La Canal

Y en este momento era alcalde de Enguera don Juan Piqueras Albiñana y Gobernador Civil de Valencia un Coronel apellidado Planas de Tovar, que debía tener bastante relación con Franco debido a la permanencia de ambos en Marruecos, que era el que en realidad mandaba en Valencia y Provincia, que no podía ver a la Falange ni en pintura y que, seguramente como consecuencia de ello, no existía prácticamente relación alguna entre Rincón y él.

Cuando mi padre volvió a Enguera, fue a visitar al Juez Militar para pedirle que pusiese en libertad a todos los enguerinos que, estando encarcelados en el edificio del Convento, solo lo estuviesen bajo la acusación de ser de izquierdas, o “rojos” según se decía en aquella época: **“Yo sé que no puedo intervenir oficialmente en los procesos que tenga usted en marcha; pero le ruego que, a aquellas personas no tengan proceso alguno pendiente, las ponga cuanto antes en libertad”**.

Y el Juez accedió a ello y solo retuvo a los que tenían procesos pendientes, si es que había alguno.

Un día de la década de los años 50 del siglo pasado, estando una tarde en el Grupo Escolar, donde mi padre iba al atardecer, y al que también iba Manuel Llorens entre otros, éste le dijo que cuando acabó la guerra se marchó a Barcelona; y, estando allí, cuando se enteró que habían nombrado a José Sarrión Jefe Local de Falange, le dijo a su mujer: **“Carmen, prepara la maleta que ya podemos ir Enguera”**. No sé por qué estaría en Barcelona, pero supongo que para evitar que le molestasen. Posteriormente, ya en Enguera, escuché en el despachito de casa de mi abuela, donde estaba “estudiando”, una conversación entre mi padre y Manuel Llorens (quien vivía a la sombra de la torre del campanario, en el antiguo “porchet”).



Mi padre le decía que existían presiones muy fuertes para que todos los que se habían casado durante la guerra, lo volvieran a hacer por la Iglesia, de acuerdo con las normas del Nuevo Estado. Manuel le contestaba que no podía aceptar que él hubiera vivido y que, estuviera viviendo en concubinato y que, aunque solo fuera por respeto a su mujer, eso no lo podía hacer. Mi padre, en tono conciliador, le argumentaba: **“Estoy de acuerdo contigo en que los problemas de conciencia son problemas individuales de cada persona, pero también debemos buscar la forma de vivir y de que nos dejen vivir en paz. Si consientes en casarte por la Iglesia, a las cinco de la mañana y de tapadillo, a mí me evitas un problema y tu resuelves el tuyo”**. Y Manuel resolvió de una tacada todas las carambolas del problema.

Si he contado lo anterior, no ha sido por relatar un suceso más, sino para ponerlo como ejemplo de los muchos problemas iguales o parecidos que trató de resolver en estos primeros años. Y en este caso, muchos años después de muertos Manuel y mi padre, me encontré con Carmen, su esposa, en la Residencia de Enguera; y en cuanto supo quién era yo, le faltó

tiempo para decirme que mi padre era uno de los mejores amigos que había tenido su marido.

E igual me sucedió con Pedro Marín Bordería; al que, algunos años después de muerto mi padre, me encontré en la plaza de la Iglesia una mañana. Le pregunté por Rodolfo, que todavía no era millonario y, en la breve conversación que mantuvimos sobre éste, cambió el sentido de la misma y me dijo que mi padre había sido uno de los mejores amigos que había tenido en Enguera; porque, siempre que venían inspectores; mi padre, antes de subir al Ayuntamiento, pasaba por su casa y le avisaba para que, si tenía género comprometedor, lo guardara y quitase de la vista para evitar posibles complicaciones. Y esta circunstancia traía causa de una relación efímera y personal con un hermano de aquel, que cuento en otra parte de este libro, sin nombrarlo, y que me demuestra que donde se razonaba sin odios personales podía haber comprensión hasta para con las posiciones políticas del de enfrente.

Otro problema, este más grave, que no pudo resolver mi padre a pesar de que hizo cuanto pudo, fue el de un buen médico que tuvo que irse de este pueblo a finales del año 1.941 o principios del año 1.942. Se llamaba Don Manuel Real Cros, (su esposa, doña Pepita Canet Palop, fue mi primera maestra) y vivían en la calle de San Antón, casa de Pepe Juan que, como tantas otras casas, ha desaparecido; y como acabo de referir, tuvo que exiliarse de Enguera, donde para mayor “inri”, tenía más de la mitad del pueblo igualado con él. (El sistema de igualas desapareció con la Seguridad Social y consistía en el pago de una cuota fija mensual de cada familia por los servicios del médico).



Vista actual de Villagarcía del Llano

¿Por qué se tuvo que marchar de Enguera? La causa no la sé pero si sé que era un magnífico médico y tanta ciencia no se perdona en un pueblo pequeño, porque necesita de más amplios horizontes donde desarrollarse y don Manuel se encontró en la necesidad de marcharse, paradojas de la vida, a un pueblo de 1.200 habitantes para desarrollarla. Además había sido de “izquierdas” y eso era algo que, quien podía, lo aprovechaba para hundir al vecino que le molestaba. Cuando alguien se ponía enfermo en mi casa, siempre se llamaba a don Manuel.

Jose Sarrión le alentaba y hacía todo lo posible para ayudarle desde la Jefatura Local de Falange, pero alguien debía denunciar y mover los hilos en el Gobierno Civil de Valencia

Mi padre le dijo **“Manolo aguanta un poco más que esto no puede durar mucho. A este tío se lo llevarán y todo cambiará”**.

Y don Manuel le contestó: **“Pepe, cuando lo que peligra es la integridad física de una persona ya no hay posibilidad de espera”**. Y se marchó a ejercer la medicina a un pueblo de la provincia de Albacete, cercano a Motilla del Palancar, llamado Villagarcía del Llano, que le dejó muchos ratos libres para practicar la agricultura y la ganadería, pero estoy seguro que frustró a un gran médico. Seguramente, dos o tres años después, José Sarrión hubiera podido evitar que se fuera; pero entonces no pudo. Enguera perdió un gran médico y yo perdí una gran maestra y, en recuerdo de ella, he traído aquí este desgraciado suceso. Y a los “navegantes” les digo que doña Pepita Canet Palop era sobrina carnal de don Eduardo López Palop, pero don Eduardo no pudo hacer nada por ellos; porque, a pesar de la existencia de don Eduardo, don Manuel Real y su esposa tuvieron que irse de Enguera.

